

Jesús OLIVA y Luis A. CAMARERO
Paisajes sociales y metáforas del lugar.
Una exploración de la ruralidad itinerante en Navarra
Universidad Pública de Navarra, Pamplona, 2003

Tenemos en nuestras manos una brillante obra de sociología. Pocas veces nos encontramos ante la oportunidad de poder disfrutar, de manera seria, a la vez que sencilla, de una producción sociológica como la presente. Podemos resaltar de una manera sintética, con el fin de justificar esta evaluación, que es una obra que plantea una mirada sociológica sobre el análisis de la sociedad rural, diferente a los análisis que estamos acostumbrados (por lo general, caracterizados por su vaguedad, ya sea por su carácter más o menos descriptivo, ya sea por su motivación más o menos oportunista). Además, la obra constituye un auténtico tratado de metodología cualitativa, tanto por la imaginación y el esfuerzo que se desprenden del análisis de los discursos realizado a lo largo de sus páginas, cuanto por la perspectiva desde la que se plantea el objeto de estudio (en este caso, la ruralidad navarra). La perspectiva utilizada se centra en el análisis de las metáforas, las emociones y los sentimientos (entendidos aquí como construcciones simbólicas de la realidad social, que presentan una naturaleza heterogénea y dialéctica en el contexto de las sociedades modernas avanzadas), expresados en los discursos de los informantes, y que trascienden a las propias palabras y signos, ya que éstos contienen una gran información

(de sentidos y significados), a menudo ignorada por muchos sociólogos.

Asimismo, la obra de Oliva y Camarero se plantea el objeto desde una perspectiva de análisis de los paisajes sociales, los lugares, los espacios (que aquí entienden sus autores como entornos construidos socialmente sobre los que se generan estrategias relacionales de actitudes y comportamientos), en los que tienen lugar las interacciones, la comunicación entre los actores que forman parte de, a la vez que recrean, los estilos de vida que los caracterizan, y por tanto los distinguen de los *otros*.

Por último, en esta justificación sintética de la evaluación que expongo respecto a la obra en cuestión, también hay que añadir —y no por ser la última justificación es menos importante, pues más bien ocurre lo contrario— que el trabajo elaborado, descubre en sus páginas un elevado grado de madurez sociológica. Tal como arguyen sus autores, «aunque la investigación social adopte los ritmos del mercado y se impregne progresivamente de lógicas de rentabilización económica, curricular, etc., adaptando sus procesos y tiempos a la oportunidad política, la presencia mediática o las modas que sugieren administraciones, empresas y otras fuentes de financiación... el trabajo que presentamos, sin embargo, ha

tratado de recuperar el tiempo y espacio del artesano para la maduración de los interrogantes...». Por tanto, continúan éstos, «no hallará el lector un informe de diagnóstico ni una nueva propuesta de comarcalización de paisajes navarros. Nuestro interés ha sido atender a procesos de largo recorrido, a tendencias sociales que adquieren significado en el tiempo» (p.16).

Cabe, por tanto, felicitar a sus autores, por ofrecernos un aire renovado en los modelos y las conductas del *saber* y *hacer* sociológicos de la ciencia institucional, en un momento de importantes cambios estructurales en nuestra sociedad, ante los que esta disciplina científica no va a quedar de ningún modo indemne.

Tras las huellas de una realidad social itinerante

Jesús Oliva y Luis A. Camarero persiguen en esta obra —como debe ser la labor de todo buen sociólogo—, no las evidencias de los hechos que nos antecedieron, ni las pruebas inefables del momento que vivimos, sino, en atención a nuestra máxima disciplinaria («saber, para prever, para proveer»), las huellas —en la terminología de Ricoeur («una marca sin mostrar») — de un futuro que ha de venir, pero que, en todo caso, comienza a perfilarse en el ahora.

Así, teniendo en cuenta que el conocimiento constituye para el sociólogo, como lo es para cualquier persona, una información precisa para prever las adversidades futuras, minimizando la incertidumbre ante su llegada y esta-

bleciendo estrategias para afrontarlas, los autores de esta obra analizan esas huellas en los sentidos y significados que se ocultan (vivas, en movimiento) tras los cambiantes paisajes sociales y las metáforas del lugar.

Perseguir este objeto, las huellas de la realidad social, en un contexto de *itinerancia* —en términos de Vicente-Mazariegos (1991)—, o bien de *modernidad líquida* —en términos de Bauman (2000)— o *reflexiva* —siguiendo a Beck, Giddens y Lash (1994)— o, por último, de *capitalismo desorganizado* —según Lash y Urry (1984)— o *de ficción* —en opinión de Verdú (2003)—, es una tarea, sin duda alguna, ardua y escurridiza. Nos encontramos ante un sistema social abierto, flexible, reflexivo, y, por tanto, cambiante, incierto, efímero. En la actualidad, la descollante fluidez de personas, ideas y objetos, garantiza una incesante movilidad en las estructuras simbólicas de los individuos, que responde a un nuevo eje de coordenadas espacio-temporales: la sociedad red. En este panorama, cada individuo alcanza sus propias nociones de la realidad, y a la vez contribuye a recrear una realidad común (heterogénea), de acuerdo con las estrategias que diseña para afrontar las particulares circunstancias que conforman su mundo de experiencias sociales. Por eso, señalan estos autores que, para dar cuenta de esta realidad, «no parece suficiente indagar sólo sobre las relaciones locales-globales o las tendencias de reestructuración rural-urbana. [...] Como expresa Bauman, experimentamos una versión individualizada, privada, de la modernidad».

Es ésta, precisamente, una característica que nos sirve para describir la estructura de nuestras sociedades, una estructura, que, como la realidad en la que se inscribe, podemos calificar de itinerante.

La itinerancia se caracteriza por el conflicto, por las relaciones que surgen en torno al posicionamiento del valor simbólico que adquieren los productos, y también los espacios sociales, en los que se disputan mediante tensas negociaciones los estilos de vida de los individuos que en estos espacios interaccionan. La ruralidad representa, en esta arena, un observatorio privilegiado de la realidad social.

Los espacios rurales como observatorio de la realidad social

El inicio de la sociología tuvo lugar en un momento de cambios trascendentales en la sociedad occidental. Estos cambios estuvieron centrados sobre todo en la descripción de las consecuencias, que no de las causas, del desplazamiento de la población del campo a la ciudad, debido al proceso de industrialización. Entre aquellos primeros sociólogos se clasificaba a la sociedad en dos tipos, de acuerdo con el lugar físico en que se situaba la población y la base de su economía. Así, se diferenciaba desde entonces entre la sociedad rural (la sociedad que vivía en el campo y cuya principal economía era la agricultura) y la sociedad urbana (la sociedad que vivía en las ciudades y que trabajaba en la industria). Mientras que la sociedad rural se veía como un signo de retraso y arcaísmo (tradicio-

nal), la sociedad urbana era vista como una sociedad moderna, constituía un referente para la teoría del desarrollo y la modernización. Bien, estas líneas no ofrecen nada nuevo, desde luego, pero lo realmente importante es dejar claro que desde entonces hasta nuestros días este esquema ha perdurado en el ámbito de la sociología rural. Y más importante aún es el hecho de que hasta hace no muchas décadas nadie había prestado atención a la importancia del espacio como construcción social, en un sentido estricto del término. Algunos autores, entre ellos Heidegger (1951 y 1958), Bachelard (1957) y Lefebvre (1967), fueron los primeros en llamar la atención sobre esta cuestión, y otros muchos les seguirían en los años posteriores.

Sin embargo, la importancia del espacio como construcción social, adquiere relevancia en nuestros días, en el contexto postmoderno en el que nos encontramos inmersos, ya que, en una sociedad como la de hoy, una *sociedad red* —según la acuñación de Castells (1996)—, una sociedad globalizada, los espacios poco tienen que ver con los lugares físicos, y mucho se refieren, en cambio, a un conjunto agregado de signos y significados suscritos a los estilos de vida de quienes interaccionan en ellos. Por lo tanto, en nuestros días, no es el lugar lo que interesa al investigador social, para comprender los diversos fenómenos de la realidad social, sino la variada manera de interaccionar dentro de un espacio, de acuerdo con los estilos de vida que se desarrollan paralelamente en él, en una relación de causas (cons-

trucciones) y efectos (reacciones), por lo general, dentro de un contexto de carácter conflictual.

Paisajes sociales y metáforas del lugar en Navarra

Con todo, el trabajo de investigación que ofrecen estos autores en la presente obra es fruto de un estudio de carácter exploratorio realizado en el marco del proyecto "Escenarios para el desarrollo rural en la Comunidad Foral de Navarra: paisajes, conflictividad y tendencias sociales", que fue financiado por la Comunidad Foral de Navarra mediante las ayudas convocadas en 1996 y realizado en los tres años siguientes.

El objeto del mismo, como se puede derivar de los anteriores comentarios, no era otro que, como apuntan los propios autores, «desbrozar una reflexión original que muestre el lugar como una realidad contradictoria y negociada de manera incesante» (p.107). Este objeto se manifiesta a lo largo de toda la obra, y en las conclusiones que se obtienen de su análisis, se afirma su importancia, tanto en el momento de zonificar la realidad y diversidad de situaciones sociales, cuanto al delimitar los propios rasgos que caracterizan tales situaciones sociales.

Los autores de esta obra conocen bastante bien las dificultades que encierra todo proceso de investigación social. A su vez, éstos perciben el caos que caracteriza este universo de cambios al que asistimos en los albores del nuevo siglo, «el inquieto océano que se agita bajo nosotros» (p.120), ante el cual sugieren, que no patentan, una

metodología para poder «guiar nuestra navegación» por él.

Es toda una singladura, que se apoya en el trabajo abrumador de una serie de estudiosos de las representaciones sociales (entre otros, Inglehart, 1991; Augé, 1992; Halfacree, 1993; Lash y Urry, 1984 y 1994; y Mormont, 1987), que han comenzado a diseñar nuevos artefactos metodológicos, potentes herramientas, con las que enfrentarse a este océano revuelto que nos agita a todos. La intención no es otra que ofrecer un poco de calma en este mar incierto.

Y esto la hacen de la siguiente forma. En la primera parte del trabajo de investigación (que ocupa los capítulos I y II de la obra), tras presentar de una manera breve el marco teórico en el que se inscriben las ideas planteadas en estas líneas, llevan a cabo un análisis estadístico inferencial a partir de la operacionalización de diversas variables (actividad, generación y movilidad) e índices (porcentajes de empleo y fenómenos demográficos), de la que extraen una matriz factorial a partir de los tres grandes procesos que configuran la diversidad social del hábitat navarro (Industrialización-Desagrarización, Residencialidad y Economías Simbióticas), obteniendo con ello una tipología de paisajes sociales en Navarra, que ellos delimitan en ocho: Paisaje 1) Nuevos Residentes; Paisaje 2) Centros de Atracción Industrial; Paisaje 3) Centros Agroindustriales; Paisaje 4) Simbiótico de Transición; Paisaje 5) Agro-Ganadero; Paisaje 6) Tradicional-Recesivo; Paisaje 7) Simbiótico Agrario; y Paisaje 8) Remoto

Agrario. A su vez, cada uno de estos paisajes presenta una estructura más o menos homogénea o heterogénea, de acuerdo con el peso de las variables que las caracteriza.

La segunda parte del trabajo de investigación (que ocupa los Capítulos III, IV y V) pretende ampliar la información referente a esta tipología de paisajes sociales delimitados estadísticamente. La intención de esta segunda parte es contrastar de manera rigurosa dicha tipología, a la vez que se profundiza en los rasgos que caracterizan a cada uno de los paisajes sociales. Para ello, se lleva a cabo un programa de entrevistas individuales (un total de 32 entrevistas) a una población perteneciente a municipios representativos de cada uno de los paisajes resultantes (entre tres y siete entrevistados por paisaje social delimitado), teniendo en cuenta además, en relación con los perfiles sociodemográficos, el sexo, la edad, la movilidad residencial y laboral, y la actividad. Esta segunda parte es, si cabe, más interesante aún que la primera, porque si aquella nos permitía fijar un mapa de ruralidades, ésta nos ayuda a conocer además los rasgos distintivos de cada paisaje social identificado en dicho mapa. Esta labor se logra por medio del análisis de las metáforas y los sentidos del lugar que identifican en los discursos de los entrevistados (distinguen estos autores siete tipos de metáforas del lugar: sociológicas, físico-paisajísticas, de "recipiente-planta", etiquetas oficiales, productivas, de instituciones o rituales y de los nuevos residentes, que giran, todas, sobre la variables género y gene-

ración). A su vez, también se complementa este trabajo con el análisis de las metáforas que hacen referencia a la temporalización de los estilos de vida que han existido tradicionalmente, o que aparecen en la actualidad, en los núcleos residenciales estudiados. Por último, esta segunda parte se ve completada con una visión del contexto en que tienen lugar las representaciones sociales, a saber: un contexto de carácter conflictual que lo envuelve todo, aunque gira en última instancia sobre los dos ejes fundamentales señalados antes: el género y la generación.

En fin, entre otras conclusiones, en esta obra se llega al convencimiento de que, en este contexto de itinerancia que caracteriza al mundo rural de hoy, las dimensiones empleadas tradicionalmente para estructurar el modo como se organizan las comarcas y las regiones geográfico-políticas e históricas, se difuminan en un caos de situaciones muy diferenciadas. Así, arguyen los autores de este trabajo que, «cuando la movilidad es importante y creciente, el territorio pierde su pretendida isotropía social. El mapa es el mapa del viajero, plagado de fuertes discontinuidades, lo próximo ya no es necesariamente lo cercano. Por ello, no debe sorprendernos el magma de situaciones distintas e incluso antagónicas, en espacios comarcales y cercanos» (p.61).

Por esa razón, defienden, y con esto se concluye definitivamente toda su aportación en esta obra, que, en este panorama, en esta realidad itinerante, líquida, modular, los científicos sociales encuentran una dificultad mayor de la que hasta ahora han encontrado

sus contemporáneos de la profesión, para llegar a la verdad depurada de los hechos sociales. Así, nos transmiten que «probablemente la retina de los científicos sociales será más necesaria que nunca a medida que lo social, subyacente en todos estos procesos, y menospreciado bajo la ideología omnipresente del mercado, se manifieste con

unas dimensiones y unas consecuencias que no dejarán de sorprender a nuestras sociedades progresivamente complejas» (p.120).

DAVID J. MOSCOSO SÁNCHEZ
IESA (CSIC). Córdoba